

DISCURSO DE CONTESTACIÓN (*)

Carlos Machado Allison

- Sr presidente de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales
- Autoridades y representantes de las Academias
- Autoridades y colegas de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela
- Dra. María Eugenia Grillet y distinguidos familiares
- Queridos colegas y amigos

Darle la bienvenida a María Eugenia Grillet como Individuo de Número de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, constituye para mí un gran honor y al mismo tiempo, la oportunidad de darle un vistazo al pasado. No es extraño en el mundo académico la existencia de dinastías, muchos hemos sido alumnos de maestros que a su vez podían trazar su trayectoria a otro maestro que practicaba la indagación sobre el infinito número de temas y retos que nos plantea la biología. Así, me parece oportuno y pertinente en esta ocasión señalar que en los días en que María Eugenia Grillet asomaba su menuda y simpática presencia en el Instituto de Zoología Tropical, estábamos viviendo una coyuntura difícil, pero había un baluarte de continuidad.

Había pertenecido al grupo fundador del Instituto en 1965, cuando todo parecía posible en la Venezuela que ensayaba, tras largos años de dictaduras, las oportunidades de la democracia. Tras los trastabilleos y ajustes naturales en una nueva institución, encajada en un país que transitaba una etapa novedosa, en cuyas universidades surgían nuevos grupos de investigación y se formaban, a nivel de maestría y doctorado toda una generación con vocación hacia la ciencia.

En el Instituto de Zoología Tropical se habían dado pasos firmes hacia la creación de un grupo de investigación que tenía como objetivo el estudio de poblaciones y en ello, compartíamos el mismo espacio físico genetistas, biólogos teóricos como Jesús Alberto León y otros que teníamos como motivación central los insectos hematófagos por su importancia en la transmisión de enfermedades, así como las relaciones evolutivas con sus

fuentes de alimentos. Mis maestros habían sido Alfredo Barrera en México, Lindolpho Guimaraes en Brasil y sin duda, George Craig en la Universidad de Notre Dame, pero también mi visita a Harvard en 1968 y recibir a Theodosius Dobzhansky, el gran evolucionista, en sus viajes a Venezuela, habían contribuido a modelar nuestro enfoque y cultura biológica. En las décadas de 1970 y 1980 la ASOVAC, el CONICIT, la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho y los Consejos de Desarrollo Científico y Humanístico vivían sus mejores momentos y se abrían nuevos espacios para el desarrollo científico del país. Crear una comunidad científica parecía ser nuestro norte y con bastante convicción pensábamos que esa comunidad ilustrada era capaz de contribuir al desarrollo del país. Avanzaba la década de 1980 cuando comenzó a ser evidente que eso no era ni suficiente, ni posible. Que, si bien habíamos progresado al amparo de la creciente renta petrolera, no habían ocurrido los cambios necesarios para que nuestras industrias, agricultura o comercio fueran competitivos, que habíamos logrado una rápida urbanización, que había crecido la infraestructura y se habían realizado grandes mejoras en la salud pública, pero persistían grandes vacíos en la educación. El gobierno se había hipertrofiado y los partidos políticos estaban mostrando una gran incapacidad para llevar a su propio seno los principios básicos de la democracia. De hecho, los estudios y reflexiones que llevaron a crear la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado hicieron evidente muchas de nuestras debilidades y entre ellas, los resultados de una política económica que estimulaba un crecimiento sin demandas científicas o

(*) Discurso de Contestación a nombre de la Corporación, al discurso de la Dra. María Eugenia Grillet el Acto su incorporación como Individuo de Número, Sillón X, celebrado el día 31 de mayo de 2023.

tecnológicas relevantes. Por otra parte, se inició una fuga de talento y muchos científicos abandonaron sus laboratorios, o los modificaron, bajo la presión de cumplir con ciertas demandas contingentes, en lugar de preservar su papel como forjadores de recursos humanos para el futuro.

Las enfermedades transmitidas por artrópodos, en particular por insectos, han sido y siguen siendo importantes. Buen número de ellas marcaron hitos en la historia de nuestra especie, definieron patrones culturales, modos de vida, triunfos y derrotas en muchas guerras, estimularon la creatividad de los humanos para protegerse o librarse de ellos, tuvieron influencia en la ingeniería y la arquitectura, en la moda y, de acuerdo a algún autor, hasta en el maquillaje que evolucionó de repelente a forma de encanto. Bocaccio escribió el Decamerón durante una epidemia de peste bubónica, es posible que Alejandro Magno haya tenido una corta carrera debido a la malaria y en nuestro continente la independencia de Haití fue lograda, al menos en buena parte, gracias a la fiebre amarilla que diezmó las tropas francesas. La misma enfermedad marcó la creación de Panamá. Patrick Manson quién presentó las primeras pruebas del papel de los mosquitos en la transmisión de las enfermedades, también jugó un importante papel político al salvar de un secuestro a Sun Yat Sen, el primer presidente de China. Durante la Primera Guerra Mundial aún se puede debatir si su resultado final fue obra de la estrategia militar, la política o del general piojo que vapuleó a los soldados en las espantosas trincheras. De lo que no existe duda alguna es que la expansión de los imperios europeos y la barrera que significaban enfermedades como malaria, leishmaniasis, la enfermedad del sueño, dengue, fiebre amarilla y otras, motivó importantes inversiones y creación de institutos y otras organizaciones.

Emanan entonces una pléyade de investigadores en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y los Estados Unidos que logran, con éxito, desentrañar el papel de los insectos en la transmisión de esas enfermedades, así como los ciclos de vida de las bacterias, protozoarios y virus responsables por las mismas. En la fachada del Instituto de Medicina Tropical e Higiene de Londres, se pueden ver los bustos de esos pioneros y en no pocos lugares llevan sus nombres: Manson, Ross, Pasteur, Laveran, Grassi, Koch, Yersin, Leishman, Rickards y en nuestros países, Beaupterthuy, Chagas, Finlay y Gabaldón, para citar algunos.

Poco antes de la llegada de María Eugenia a nuestro grupo de investigación se pensaba, que era necesario el fortalecimiento de la institución con expertos en esa nueva disciplina integradora que era la Ecología. Para ello era necesario tanto atraer profesionales formados de otros países, así como crear condiciones para formar los propios. Así, en la década de 1970

contratamos a Richard Seifert y a Luis Bulla, mientras que Diego Rodríguez y Roberto Barrera eran becados para obtener sus doctorados en el exterior y entre 1978 y 1980 fue creado el postgrado en Ecología. El primer graduado del mismo con el título de doctor, fue Fernando Susach en 1984.

Mis primeros recuerdos de María Eugenia Grillet fueron su interés y asociación con un grupo de investigación en Amazonas y el desarrollo del CAICET, inaugurado en 1983, siendo su primer director Luis Yarzabal del Instituto de Dermatología, luego designado Instituto de Biomedicina. De esos años guardo buenos recuerdos de Carlos Botto, María Gloria Basáñez y los primeros directores del mismo que, si mal no recuerdo fueron Yarzabal, Botto, Petralanda y José Vicente Scorza, todos preocupados por la incidencia de oncocercosis, malaria, leishmaniasis, sarampión, hepatitis y otros problemas de salud de la desasistida población indígena de Amazonas.

María Eugenia Grillet nació en San Cristóbal, pero parte de su infancia y adolescencia ocurrió en Puerto Ordaz y parece que se siente guayanesa. Su madre le regaló un microscopio y como ella misma relata, sus padres amantes de la naturaleza y su temprano contacto con los libros de Charles Brewer Carías, Humboldt y Darwin, marcaron su vocación. En 1976 se trasladó a Caracas y estudió su último año de bachillerato en el Liceo Andrés Bello, para luego inscribirse en la Facultad de Ciencias de la UCV en 1978. Como estudiante destacó por su sensibilidad social y en una nota que me envió señala que sus primeros artículos, en una revista estudiantil llamada Aporte, tenían que ver con las poblaciones indígenas de Amazonas. En esa nota, alma generosa, recuerda con afecto a quienes fuimos sus profesores hace cuatro décadas, incluyendo naturalmente a Luis Levin, un experto en etología de peces quién fue su tutor de la tesis de grado y mientras estudiaba biología no dejaba de visitar museos, cinematecas y galerías nutriéndose de una sólida cultura general, cimientos indispensables en el forjamiento de su liderazgo y éxito en el mundo de la ciencia, en especial de la epidemiología. Excelente estudiante fue preparadora de Biología Animal y luego auxiliar docente en Evolución, curso donde nos alternábamos Jesús Alberto León y yo.

María Eugenia Grillet obtuvo su licenciatura en Biología en 1984 y dos años después se inscribe en el postgrado de Ecología de la Facultad de Ciencias que tenía su sede en el Instituto de Zoología Tropical gracias, primero a una beca de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho y luego con el apoyo del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico y un Crédito Educativo. En esos años interactúa con Jan Conn, Yasmín Rubio, María Gloria Basáñez, Yadira Rangel, Diego Rodríguez y Roberto Barrera, todos interesados en la entomología médica y en especial, en los vectores de oncocercosis y malaria, así que el vincularse al CAICET en Amazonas, era

no sólo natural, sino necesario. Ella y otros integrantes de su generación construyen un puente con el mundo de la medicina tropical. Allí desarrolla su tesis doctoral sobre simúlidos que concluye en 1993 y al año siguiente se incorpora como investigadora en el Instituto de Zoología Tropical en el grupo de poblaciones. Posteriormente viaja a Canadá y se desempeña como investigadora posdoctoral en el Laboratorio de Ecología Numérica de la prestigiosa universidad de McGill en Montreal de la mano de Pierre Legendre. De regreso a Venezuela no pierde el vínculo con Canadá donde su esposo también obtiene su doctorado y años más tarde pasa en Toronto su año sabático. Logra vencer la justificada tentación de migrar a Canadá, como lo han hecho numerosos investigadores venezolanos que veían con angustia como nuestro país se iba hundiendo en la grave crisis institucional y económica, y regresa a Venezuela para darle continuidad a sus investigaciones y emprender, con excepcional pasión, nuevos proyectos con crecientes contribuciones al conocimiento de la ecología y epidemiología, no sólo de la oncocercosis, sino también de la malaria debido a los severos daños ambientales causados por la minería en el sur de Venezuela.

El resultado de sus investigaciones es plasmado en numerosas publicaciones que reflejan, no sólo su talento, sino también su capacidad para trabajar en equipos interdisciplinarios, al final conoce tanto de la ecología de los insectos transmisores de enfermedades, como de la sociología y modos de vida de los indígenas del sur de Venezuela.

Su carrera como docente e investigadora en la Universidad Central de Venezuela ha sido, por decir lo menos, muy destacada y actualmente es Profesor Titular en la misma. Sin duda su labor ha trascendido nuestras fronteras y su talento ha sido reconocido por la Organización Panamericana de la Salud

y la OMS, organizaciones que la han incluido en sus respectivos comités de expertos realizando asesorías en distintos aspectos de la ecología y control de vectores. Así, además de su actividad regular docente en ecología en la UCV, ha dictado cursos y seminarios en muchas otras instituciones y ha sido tutora de varias tesis de grado por que formar nuevos investigadores ha sido siempre parte de su vocación.

Su actividad se ha extendido a otros países como Colombia, Guatemala, Curazao y Brasil y ha sido investigador visitante, asociado o consultora en distintos programas sobre oncocercosis, malaria, dengue, zika y chikungunya, de las Universidades de Ottawa, Toronto y Montreal en Canadá, la de Groningen en Holanda, los laboratorios Griffin, el Departamento de Salud de los Estados Unidos, el Instituto Oswaldo Cruz en Brasil, la Universidad de Toronto, Imperial College y el Instituto de Medicina Tropical e Higiene, en Londres, el Centro Carter y desde luego el CAICET por muchos años. Un impresionante número de publicaciones en revistas internacionales de reconocido prestigio la ubican entre los investigadores de prestigio internacional.

La incesante, profunda y original actividad de María Eugenia Grillett no ha pasado desapercibida y en los últimos años ha sido galardonada con premios como el Lorenzo Mendoza Fleury otorgado la Fundación Polar en Venezuela y en el año 2021 el importante Hemingway Award 2021 de la Royal Society of Tropical Medicine & Hygiene y la Universidad de Liverpool. Hoy recibimos con satisfacción a María Eugenia Grillett como Individuo de Número de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, para ella un logro importante en su carrera, para la Academia, una nueva luz que sin duda va a contribuir a su persistencia y fortalecimiento. Bienvenida doctora Grillett.